

José María Merino

Dormido despierto

Desde los orígenes del ser humano, el mundo de los sueños ha sido una clave para intentar entender y aclarar la realidad de la vigilia. En la primera epopeya de la humanidad, el poema babilónico *Gilgamesh*, el protagonista sueña que se hará amigo de su adversario, Enkidu. Para los griegos, el sueño (Hipnos) era un ámbito cercano a los orígenes primordiales, hermano de la muerte (Tánatos), ambos hijos de la Noche. En Israel, Jehová se manifiesta a través de sueños —Jacob, José, san José— y para el islam, Mahoma tiene sueños previos a la revelación del Corán. Para la mística hindú, el sueño es una etapa hacia la iluminación. Ya en el mundo contemporáneo, los sueños siguen siendo parte importante de lo que somos: para Sigmund Freud disimulan verdades secretas, para Carl Jung son símbolos de aspectos profundos de nuestra personalidad.

Sueño y vigilia se han entrelazado en un viejo tema, el del soñador soñado. Un cuento chino, al parecer escrito por Chuang Tzu, dice: "Soñó que era una mariposa, y al despertar no supo si era un hombre que había soñado ser una mariposa o una mariposa que estaba soñando ser un hombre".

El cuento llegó a Occidente por medio de los árabes: en el libro *Las mil y una noches* se encuentra la historia de *Abul Hasán o el dormido despierto*, cuya trama muestra la historia de un hombre, Abul Hasán, que tras perder la conciencia por un somnífero que diluyen en su bebida, es trasladado al palacio del califa y tratado, cuando despierta, como si fuese el propio califa, hasta que llega a creérselo; otro somnífero que pondrán en su bebida al final de la jornada lo hará perder de nuevo la conciencia; devuelto a su casa, al despertar no sabrá si ha soñado ser el califa o si está soñando ser Abul Hasán.

El tema es muy sugerente, porque viene a plantearnos, nada menos, lo ambiguo de lo que entendemos por realidad, lo frágil y sutil de las fronteras que separan la imaginación del delirio. Un sencillo cambio de perspectiva de la conciencia originado por un sueño nos puede hacer dudar de nuestra identidad y del entorno cotidiano de la vida ordinaria.

En el Siglo de Oro, esa misma trama la encontramos desarrollada por diversos autores: William Shakespeare nos muestra a un borracho, Cristóbal Sly, que es transportado durante su borrachera al palacio de un lord; cuando sale de su estado de ebriedad, le convencen de que es el propio lord, ante quien se va a representar *La fierecilla domada*. Agustín de Rojas Villandrando, en el libro *El viaje entretenido*, tiene un cuento titulado *Soñar despierto*, que repite el mismo argumento: el duque Filipo hace que lleven a su palacio a un herrero borracho y lo traten, cuando esté sereno, como si fuese el duque en persona. El mismo asunto, con diferentes artificios, lo desarrolla Tirso de Molina en el cuento "Los tres maridos burlados", del libro *Cigarrales de Toledo*.

La obra maestra, entre todas las que utilizan como elemento narrativo el tema de aquel venerable cuentecillo de la mariposa, es sin duda *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca (Madrid, 1600-1681), uno de los textos clásicos de la literatura universal. En la obra de Calderón, el rey de Polonia, Basilio, aficionado a la astrología, a los horóscopos, tuvo un hijo, Segismundo, que según determinados sueños, presagios y oráculos sería nefasto para el reino, de manera que desde niño lo ha condenado a vivir en una prisión apartada, cargado de cadenas, sin que nadie le haya explicado ni su origen ni las causas del atroz cautiverio. Arrepentido, un día el rey Basilio decide llevar a palacio a Segismundo, tras hacerle dormir mediante un bebedizo, para anunciarle cuando despierte que no es un pobre cautivo sino el heredero del trono de Polonia, y analizar su reacción. Cuando conoce la verdad de su vida pasada, su situación de víctima inocente castigada por malos signos adversos, Segismundo se llena de ira y causa tantos problemas que el rey Basilio toma la decisión de hacerlo dormir de nuevo y devolverlo a su prisión y a sus cadenas. En su nuevo despertar, Segismundo acepta que su estancia en el palacio y su pretendida condición de heredero fue sólo un sueño, y que también ese cautiverio extraño, sin causas ni motivos, pertenece a los sueños.

*Yo sueño que estoy aquí,
destas prisiones cargado;
y soñé que en otro estado
más lisonjero me vi.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción*

*y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*

Así dice Segismundo en un inmortal poema. Y esa conciencia de que cualquier aspecto de la realidad tiene la apariencia inconsistente, efímera, fácilmente mudable, de los sueños, ya no le abandonará nunca, ni siquiera cuando, por los azares de la política, acabe ocupando en palacio el lugar que le corresponde.

En la obra de Calderón, el esquema dramático está entrelazado con historias y tramas secundarias: por un lado, la de Rosaura, otra víctima, en este caso del engaño de un hombre, que busca venganza; por otro, la de Astolfo, duque de Moscovia —que fue quien engañó a Rosaura— y Estrella, su prima —y prometida—, que aspiran a heredar la corona del rey Basilio; también tienen presencia importante Clotaldo, guardián de Segismundo, y Clarín, sanchopancesco criado de Rosaura. Se suceden ciertos enredos en los que juegan secretos e identidades fingidas, y que le dan a la obra una vivacidad especial en la presentación de personajes que viven cada uno su propia obsesión. A primera vista, parecería que estas historias están al margen del drama principal, que es la transformación interna de Segismundo, su revelación de lo quebradizo de la realidad. No obstante, desde el punto de vista dramático, aparte de crear tramas accesorias llenas de interés, todos los personajes y episodios están contruidos al servicio de la trama principal, que es la historia del proceso moral de Segismundo, de cómo adquiere la conciencia de que toda realidad es tan evanescente como los sueños: al final de la obra, sobre los distintos personajes recaerán decisiones de Segismundo,

ya investido de autoridad, que nos mostrarán de qué manera se ha orientado su sentido de las cosas, y hasta qué punto el energúmeno que resultó ser la primera vez que fue tratado como un príncipe se ha transformado en un hombre que pretende llevar la justicia a sus últimas consecuencias, castigando incluso a los sediciosos que le han ayudado frente a su padre el rey.

Para Calderón, el antiguo mito de la vida como sueño, o de la realidad sospechosa de pertenecer con similar apariencia al sueño y a la vigilia, se pone al servicio de la idea religiosa. La obra viene a decirnos que todo en este mundo es sólo sombra, apariencia, en definitiva sueño, y que el único "despertar" posible tiene que darnos acceso a otro espacio diferente de la vigilia de esta vida, a la "vigilia de la vida verdadera". El mensaje inmediato de la obra, muy acorde con su época y con las creencias sinceras de su autor, sería pues el siguiente: ya que todo en esta vida terrena es pasajero, fugaz, sin sustancia, cumplamos con la ley de Dios y de la Iglesia para merecer el cielo, el auténtico *despertar* a la vida divina.

Sin embargo, las verdaderas obras de arte trascienden siempre el propósito de información, e incluso apologético y de adoctrinamiento, que su autor haya querido poner en ellas. Así, *La vida es sueño* ha conseguido una significación mucho más amplia de lo que su autor pretendió, y ya nadie limita su sentido al proselitismo religioso, pues la obra tiene una profundidad de reflexión simplemente humana, que puede alcanzar a cualquiera que, sin ideas preconcebidas, se pregunte por el sentido de su presencia en este mundo, por el misterio de la vida consciente, por la rareza del puro existir, y sea en ocasiones capaz de intuir en todas las cosas el aire de los sueños.

Además está el lenguaje, la música de las palabras. Han pasado casi cuatrocientos años desde que se escribió y puede resultar extraño, difícil, para la gente de hoy. Leámoslo con atención y cuidado, en voz alta, masticando cada palabra, dándole al texto el ritmo que pide. Hagámoslo resonar como se merece, y descubriremos toda la belleza de sus razones y su vigorosa melodía verbal.

La vida es sueño

Personas que hablan en ella:

ROSAURA, dama.

SEGISMUNDO, príncipe.

CLOTALDO, viejo.

ESTRELLA, infanta.

CLARÍN, gracioso.

BASILIO, rey.

ASTOLFO, príncipe.

SOLDADOS.

GUARDAS.

MÚSICOS.